



"Cuentos  
Poesías  
y  
Escritos  
Metafísicos"

Rune  
Ry

## Cuentos, Poesías y Escritos Metafísicos

“Si me niegas delante de los hombres,  
te negaré delante del padre”

**Jesús, el Cristo.**



## **Introducción – Prólogo**

“Siempre que sientas el deseo de hacer algo constructivo, hazlo, empéñate y lógralo. Así se caiga el mundo. Que veas el resultado o no, no te debe preocupar”.

### **Ascendido Maestro Saint Germain.**

Esta obra está dedicada amorosamente a todos mis hermanos, en necesidad y en Luz.

En primer lugar deseo agradecer a todos, con todos quiero decir al Mundo, al Universo, al Cosmos, a DIOS, ya que por él vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser...  
¡Eternamente agradecido!

El bendito y bienaventurado lector que estas páginas transite encontrará que los desenlaces y las líneas y los versos son acaso inconexos con la realidad tangible (sí con la espiritual) y sin embargo, no pocos personajes sin duda han de existir. Esto es adrede. No pretendo que el lector, quien ha escrito conmigo la obra, tenga demasiado contacto con la “apariencia de realidad”, cuya ausencia en ellos discernirá fácilmente.

Solo pretendo que gusten, mas no sea por un instante, de líneas que he concebido en comunión con mi magno YO SOY, en una realidad literaria que es la “realidad espiritual” que han de gustar.

Si bien algunas narraciones son formas alotrópicas del amor (plegarias, tratamientos, caminos, senderos, noches bellas) no puedo más que integrar algún hecho negativo (el cual nos temple) que cumpla el objeto de nudo en el cuento. Cuando se encuentren con estos hechos sólo rescaten la parte literaria que los concibe en su seno.

Júzguense los escritos con discernimiento espiritual y no mental, como en la poesía “Versos para sentir, sin pensar”, y que la luz de los sentidos los ilumine.

Este es mi deseo, el de mi YO SOY, quien les escribe ahora y quien es el verdadero autor de estos escritos, aunque posean mi nombre; Bruno Costantino.

Agradezco eternamente a DIOS por esta oportunidad de hacer el Bien.

Tandil, 7 de Junio de 2011

***Versos para sentir, sin pensar.***

Hubo la tarde y el día.  
Hubo el verso; la sal,  
corredizos cristales por la blanca  
llanura, rayada sincronía.  
Ruborizadas mejillas despliegan  
sus alas y los matices del sol  
abren puertas al infinito.  
Ya no soy, tal vez te equivocas;  
me juzgas temprano, hijo del hijo.  
Del hombre que fue, no has aprendido.  
¿Por dónde te sientes, acaso muy lento?.  
¿Quién te apoda, sin ser ni sentido?  
Después verás que mañana existes,  
imposible ser, sin olvidar quien fuiste.  
Siente, sólo siente, mi letra penetra en el hondo aljibe.  
Siente, sólo eso, ¿has encontrado el amor?...  
mora en todo lo que te rodea.  
Siente, sólo ama, déjate arrastras por los vientos.  
Vuela, sólo observa, has vuelto a la vida.

**Runo**

**Condenado a ser libre**

Se volteó despacio, con imperceptible sigilo hecho una mirada al vasto orbe de símbolos que se erguía como en la prosa infinita de Homero o de Borges. Decidió hablar, -Tu que eras mi amo, no serás nada... o acaso sí seas, sólo un borrón eterno en planicies informes.

Sonó su eco en los paredones etéreos, resonó en las utopías de todo actor, e hizo estallar decenas de miles de libros. Cayó real, cayó solo, austero.

Todo el que enfrenta la lucha con sí, puede saber lo que ha pasado.

**Runo**

**Del ensueño y otros atributos de la Divina Vista**

“Soy lo que acontece en la letra que esgrimo”

El vivo verso en la voz del poeta. Runo

Y yo estaba allí, sentado frente a los comensales que uno a uno me dirigían sus miradas sospechosas. La cena, ya en la mesa, emitía un hedor crispante y no era su temperatura lo que me inquietaba... Lentos, imprecisos y austeros rayaban la planicie blanca de fondos solitarios y en ellos la sangre daba vueltas y se amalgamaba con alguna especia mutable. Yo los observaba en mi estupor regente, era la noche; o el día espiritual.

Uno tras otro los platos se llenaban y con ellos sus ambiguas e incontrolables bocas. En los espacios temporales alguien emitía quejas contra algún ausente débil, inútilmente defendible por una premisa floral.

No podía más que comer despacio aquel que era el mayor; y su barba, plena de las delicias que en otras bocas hubieran sido lo que un trozo de papel para el amante del alfabeto eterno, abrigaba cuantos alimentos el hombre puede concebir.

Un vaso era irregular, dos parecidos, tres iguales y el mío no estaba, o tal vez sí, no lo recuerdo.

Dos notas campanales integraron la idea, inequívoca, de que lo siguiente era el postre. Un paraíso frutal se hizo materia y cada comensal tiñó su espacio con el deleitoso olor de una manzana y más de dos, acaso quienes tenían vasos iguales, tiñeron sus ropas con el morado frambuesa. La cena acabó, o pareció acabar, cuando una voz de siglos agarrotados suspiró en tono solemne, despreciable y me extrajo del ensueño:

- ¿No comés, nene?; deja de jugar al espía...

**Runo**

**El discípulo**

“En honor a nuestro Maestro Saint Germain  
y a todos los que triunfaron; verdaderos  
guerreros de Luz”

Bordeó lento el lago, amó por un instante una profundidad tan apetecible como infinita, se desnudó y sonrió al cisne blanco. Una mujer con el pecho descubierto se presentó inmutable, le dio su bendición y brillaba su corona de oro. La rama de muérdago y oro fue consumida en el fuego que se erguía encima de las aguas silenciosas. Se zambulló con estrépito en las aguas dulces y acometió el delirante acto de sondear el infinito sendero que siguió su épico héroe. Poseidón, ustedes juzgarán, tuvo piedad y le recompensó tal arriesgada empresa.

El sol brillaba nítido afuera, y al margen posterior de la fina capa que trasluce y separa el físico mundo del emocional. Tuvo valor el guerrero aquel, el mismo que ya no es hombre; aseguran quienes mitifican la historia. Atravesó montes y desiertos, lagos internos y barreras despiadadas; a las que increpó:

- “Ahora que estoy ante ti ya no te temo, elige la condenación que regirá mi espasmo, soy el vértice movable por tu totalidad” (1)...

Segundos después o luego de incontables vibraciones rectilíneas, la barrera calló y un gran pez alado lo condujo al cielo y vio; y hubo por siempre luz, y los genios que presiden los elementos lo reconocieron como su maestro.

(1) – Cita textual “La Santísima Trinosofía”. Conde de Saint Germain. (Análisis por Edmundo Waisman y Zulema Gómez).

**Runo**

***El vivo verso en la voz del poeta***

“Es buscar al poeta, aunque esté vivo más allá de siete ríos, y estar en paz en su presencia, sin querer nada, sin dudar de nada, y sin preguntas en vuestros labios...”

**Khalil Gibran** – El jardín del profeta.

**Y el vasto mar se extendía lejano, horizontal y se divertía con el poeta y el poeta erguía su letra y amaba su verso. El joven se sentó a un lado del amante anchuroso y paciente:**

- Y tú, emoción infinita,  
has dado forma al vivo verso  
de una mano que pertenece  
a la sempiterna nube del alfabeto.

Y los días son como las hojas  
de algún alga, que es tu hermana,  
que yace firme en la enramada  
estirpe triunfal, o en mi estrofa.

Soy lo que acontece en la letra que esgrimo  
orgullosa de ser, porque yo siento.

No me juzgues, joven austero,  
créeme que sé poner las comas.

¿Y tú, que caminas con la primavera,  
porqué te posas aquí a mi lado?  
¿Qué has perdido, qué has dejado,  
que abuse de ti si eres la gloria?

**El joven le miró absorto, conjeturó dos sentencias y respondió con su verso, en su palabra infinita:**

- OH gozoso poeta me he entregado  
a un amor tardío...

Bien sabrás por la  
informe letra, que sólo  
me pertenece lo que es mío.

Esta mañana partió, con cause eterno,  
mi estrofa azul, hacia otras colinas  
más diáfanas y libres  
que lo que debo ser en la medida.

Todo le he entregado, sin reserva,  
y en la mañana temprano me ha dejado  
la musa que engalana la palabra,  
quimera eterna, que no he ganado.

**El amante de los mares los montes y el amor,  
lo contempló divergente,  
y entre dos notas más urgentes,  
lo elevó hasta el sol:**

- Precioso cristal, serás pulido!

Una musa brota de tu interno  
como el manantial de la montaña...

Toda obra regresa a su fuente  
y el vacío hueco has de llenar  
con otra nube de amor, otro cantar;  
acaso con el trino del indecente.

Busca el amor regente



en tus planos más internos,  
como quien tantea en una habitación oscura.

Serás mañana tu Égregor poeta,  
un Arcángel dará la orden  
y en tres notas diferentes rendirás culto a la vida...

Hoy eres el Hijo de mi verso,  
mañana serás la Prosa que lo contiene...

**Runo**

### *Escena en el futuro*

He escuchado alguna vez que en el futuro más distante puede conocerse con tan sólo hojear el interior de uno mismo y proyectar cada acción a un lejano tiempo. En cada proyección deben conjugarse acto y consecuencia de una manera lógica y personal; racional y en conjunto. Y hoy, por ejemplo, tomaré el micro hasta la parte sur de la ciudad, bajaré en la estación Terraza al Norte, pisaré tal vez algún charco, es que ha llovido mucho anoche; y allí estarás tú esperando sedienta mi presencia, fatigada de pregonar las falsas profecías que los apocalípticos dioses con fragua han forjado; pronunciaras mi nombre y yo sonreiré falsamente mientras las costuras recientes se vuelven luego grietas en el alma. Te haré ver mis comisuras hacia arriba, y me pedirás perdón ya antecediendo que está concedido. Mientras todo eso sucede planearás alguna gracia que yo, por supuesto, permitiré mientras tú crees que eres; pero no, no eres, recuerda que no. Arrogantemente me veras como un niño, al tiempo que yo te siento fatídicamente vieja. Después de caminar varios pasos sin hablarnos o mejor dicho sin hablarte, descansaremos en el tercer banco de la cuarta fila de los de la Segunda plaza mayor y ahí es cuando me sentiré sofocado y como luz tenue me iré apagando hasta extinguirme y rugiré por dentro, enjaulado y por fuera contemplaré con ceremonial paciencia tu faz. Ya sabiendo todo esto detengo de un grito al chofer, quien proferirá

contra mi una queja razonable, me bajaré del micro soportando insultos y calumnias; y pisaré, camino a la libertad, tal vez algún charco, es que ha llovido mucho anoche.

**Runo**

### *Culto a la Musa*

La brisa que acaricia tus confines,  
la ligera exageración de un sentimiento,  
el hálito empañando los jardines  
escribo por el culto a este momento.

Qué miradas de iris arenosos  
cruzamos a veces en las aceras,  
ya quisiera ser yo el endoso  
del cheque olvidado en la escalera.

¿Qué silencio amaina tu fiera?  
mientras el sol, crudo, nos hace frente  
¿ para qué penetrar en esa hoguera ?  
si podemos vivir ¡Tan diferentes!.

Verso tras verso del hastío escapo,  
espero volar con cada letra.

**Runo**

### *Estaba escrito*

Estaba sediento. Le ofrecí el agua, la tomó de un sorbo y luego me miró. Un ave voló de mi patio hacia los confines del cenit.

-Sospecho que las aves vuelan sólo para recordarnos que existe el ángel. Dijo.

Le miré absorto, para un artista tal hipótesis siempre puede tener cierto grado de veracidad, no así para un hombre de la gran ciudad, y él lo era. No pronuncié palabra y me abstuve de erguir una pregunta. Luego de unos momentos de silencio continuó.

-Cuando te posas frente al mar, ese mar, esa extensión casi infinita, ¿Qué te semeja?

-Libertad, asentí al instante, creyendo haber acertado.

-Pues no, sugirió él. El mar es la emoción, y el hombre es el pez, no la domina. Llegará un día que sí. A partir del próximo decanato de la tierra, el hombre tendrá el jarro y derramará la emoción a su gusto.

Fingí comprender lo que decía. Parecía un alumno de una de esas tediosas clases de la facultad que dictan ciertos hombres a fin de justificar, jactándose de versados, su ignorancia. Asentí con la cabeza ante sus severos razonamientos. Hacía unos minutos apenas que había ingresado a mi casa; y de la forma menos esperada.

Sonó el timbre, entreabrí la mirilla y un hombre con el traje roído se dejó ver del otro lado. Le creí vendedor, abrí la puerta y no hablamos; no se porqué lo deje entrar, tal vez sólo me cautivó su orbe de inquebrantable paz, pese a sus prendas rotas.

Sin proferir palabra me condujo con un gesto a mi patio, ¡A mi propio patio! Me molestó un tanto su insolente acto de descortesía. Igual le seguí. Nos sentamos y le ofrecí un vaso de agua.

Momentos después de exponerme sus dos razonamientos continuó.

-Alguien, una tarde de septiembre me contó la historia de un pueblerino que llegando a la ciudad más grande del Norte vio un vagabundo y acercándosele le pregunto qué sabia del cielo; el clochard se abstuvo de contestar en palabras y recurrió al lenguaje de gestos, le alcanzó un espejo.

Esa teoría me dejo un hueco, tenía que llenarlo.

-¿Cómo?, pregunté al instante. No contestó. Si hubiera contestado, estoy seguro de que no habría entendido; tal vez por eso no lo hizo.

Presentí que estaba a punto de marcharse. Se levantó si esfuerzo de la silla, elevó su mano izquierda hacia el añil y su derecha prolongaba a media altura su aire de tranquilo misterio.

-Créase o no, el universo marcha como debe, “Mentís mundus” me dijo.

Entendí que eso era una frase perdida del fabuloso “Desiderata”. Se marchó sin agregar más a su discurso, salvo estas perdidas palabras.

-No te saludaré, sólo porque pensarás en mí y estarás, sin más esfuerzo, conmigo. Por lo pronto, Hola. Asintió.

Volví consternado a mi patio y no sin sorpresa vi que había en mi mesa un libro violeta. Lo abrí impaciente; en la última hoja se leía con letras claras: “Presintió que estaba a punto de marcharme...”.

**Runo**

**URIEL**

"Siéntate a mi derecha, mientras yo pongo a tus  
enemigos como estrado de tus pies". ...

**- Salmo 110 : 1.**

Desde muy pequeño Uriel veía a sus padres tejer con laborioso esplendor fabulosas prendas dignas, tal vez, de un Patriarca. Sus padres, con el mismo grado de dignidad que de pobreza, hilaban días enteros para luego vender en el Mercado del Sur su magistral obra por unos pocos céntimos que alcanzaban para la reposición de la mercadería. Mientras crecía sentía que el mundo se iba tejiendo y entrelazando hebra por hebra hacia una gloriosa manta que los cobijaría por largos inviernos. Su padre, entre las pocas brazas de la estufa, durante años le había instruido en los misteriosos cortejos del oficio; afirmaba que la hebra solo podía ser inútil y acaso muy débil, pero entre la unión de cada una se originaba algo similar al amor de una pareja, cuyo resultado era el objeto final del juego, en ente capaz de soportar por largos años las degradaciones que origina el tiempo. Cada día, al despertar, miraba por la ventana y ya olía el mundo, podía sentir el devanado de las bobinas compactado por una mano muy poco amigable. Era capaz de fingir que encontraba diversión y gracia en los deplorables juegos de sus amigos. La vida era, como su padre afirmaba y su madre asentía, incapaz de hacer daño; pero él no alcanzaba a vislumbrar el esplendor de tan bella frase, veía a los ancianos del pueblo enfermos de memoria, a las esposas de los ancianos sometidas al naufragio de los años, y a sus hijos enterrados en un terrible pozo de estiércol. Se instruía poco a poco con libros que le prestaba la biblioteca del pueblo, debido a una capacidad notable de comprensión y absorción de conocimientos. Entre los tantos libros que sus ojos contemplaron hubo siempre una frase en latín que nadie había podido descifrar: “*Mentís Mundus*”, la anotó en un papel. De vez en cuando y en momentos propicios le profería a su madre con agudeza y sinceridad impropias aún de los hombres más dignos; -“yo no quiero ser viejo”, a lo que su madre respondía, entre un tumulto de

amor: - “Pues no lo seas”. Feliz estaba su madre luego de haber entendido que su hijo no le decía que no sería viejo porque evitaría la vejez con el suicidio, sino por el contrario, seguiría viendo la vida como un niño; después de todo, “a ellos pertenece el reino de los cielos”.

La vida le acariciaba con una suave brisa las mejillas hediondas y fatigadamente sucias, mientras él impartía vida a los sueños audaces de libertar a sus padres de la limitación monetaria. Enfrentó su primera estancia de residencia en el mundo de los negocios con un vil y bendito hecho. Había llegado luego de dos días de viaje al Mercado del Sur con las prendas confeccionadas por sus padres, coloridas, con toques sutiles de fragancias primaverales y un audaz sigilo natural propio del que explora lo nuevo. Su padre le había confiado aquella riesgosa campaña a causa de la falta de fuerza debido a una incurable enfermedad, según aseguraban las autoridades médicas, y Uriel aceptó complacido. Al ingresar al Mercado de fieras, como solía llamársele, se impresionó más que de la gente, de los hechos. Un joven campesino corría alrededor del puesto de su padre para evitar que alguien le robase, un clérigo regateaba el precio de una estatuilla sin nombre; su competencia despachaba prendas tras prenda y los compradores, desdichados e infelices, pagaban por las prendas sumas tan altas que podrían haberse comprado tres de las suyas por el precio de una de las de ellos; y sumado a esto le faltaba el toque que todo remueve y viste, el amor de sus padres. Iba a tirar las confecciones al suelo para empezar la venta, pues así creía que era, cuando se le acercó el fiscalizador y recaudador quien le antecedió que antes entregase el monto que él decía a cambio del derecho a venta y suelo. Uriel observó la cara sin piedad del fiscalizador y soltó una tosca carcajada propia de los nervios de chico y sentenció: -“no le daré ni un céntimo hasta que no realice mi primer venta, pero ésa es una suma muy alta, pagaré la mitad. Jamás había sentido el terror a lo desconocido, aparte, nunca había ido tan lejos. El fiscalizador mandó a llamar a los soldados y lo detuvieron, acusando el desacato a la autoridad, agresión verbal y tentativa de soborno. Uriel al escuchar el porqué público del arresto se indignó; nunca había escuchado tan falacia e inútilmente intento desmentirla. Sin piedad con un niño, ¿Qué buscaba semejante acusador causar?, tal vez nada, solo era un ex sometido que ahora era tímido. Fue entonces llevado a un calabozo de la comisaría de la ciudad, donde fue arrebatado de las prendas, que luego vio vender al fiscalizador en el mercado, observando perplejo por los barrotes de la celda. Una lágrima rodó, que mojó tal vez las profundidades de su alma absorta. Pasaba de ser un simple niño a un infeliz pecador bastardo. Se lamentó en lo profundo de su ser

por tales palabras y pidió perdón al cielo con todas sus fuerzas y el cielo respondió; afuera un hombre, llamado Miguel, fue feliz mientras releía y volvía a leer: -“Clama a mi y yo te responderé”; tras ésta respuesta asintió: -“Tú lo has prometido y mi padre me hablo de ti, todo poderoso que se haga tu voluntad, Amén”. Y esperó paciente la revelación, confiado que vendría y así fue. Se sacó su sombrero tejido con lana y amor puro, del más puro, cansado ya de transpirar y en el tejido un papel con la letra de su papá: -“Ábrelo solo si estás en problemas”. Bordado con laborioso amor se dejó ver la frase: “Eleva tu pensamiento al cielo, ellos te protegerán”.

La puerta del calabozo se abrió y entro el macabro hombre que le privó de su libertad y degradó su nombre en público. Uriel se apresuró a guardar el regalo de su padre antes de ser descubierto. -“Padre protégeme”, sentenció. El fiscalizador le adornó la celda con un toque de gentileza vil; hizo colgar huesos de fémur y dos cabezas de hombre en su calabozo, le mostró con morbosa gracia la bolsa con dinero recaudado por la venta de sus prendas y sonrió al tiempo que la amargura del tiempo se metió en sus viseras y sangre; “Cayo, golpe seco y ni tiempo para poner las manos”, decía al guardia al tiempo que se lo llevaban. Todavía se veía en su cara el odio.

Entre las tenues galerías se escuchaban las voces de los presos; “¡Fue el chico!-¡Fue el chico!.

Esa noche durmió poco porque lo acosaban los dos guardias encargados de controlar el “orden” de los calabozos, con toda clase de sartas, mentiras y objeciones típicas de los inicuos. Al despertar el comisario estaba observando, con alternada atención, su faz y un escrito, su faz y un escrito, Uriel no aguanto más e irrumpió:

-¿Qué pasa, que tengo?

-Nada, dijo el comisario, quedas libre.

-¿Cómo? Asintió Uriel.

-Eso, quedas libre. Pero vete lejos de estas tierras. Llévenlo a la puerta de la ciudad y déjenlo allí, que emprenda solo su viaje de regreso.

Uriel fue llevado donde ordenó el comisario. En el trayecto de vuelta a la puerta de la ciudad observó con asombro unos raros signos en la gente; a su paso la muchedumbre se abría, desdeñosa, y le acercaban espejos a su cara con palos desde varios metros, la confusión se apodero de él. Un manuscrito había clavado en la puerta de la catedral del pueblo y todas las personas acudían a leerlo y luego interrumpidamente maldecían su raíz madre, sus padres y su vida. Uriel estaba feliz de quedar en libertad, pero perplejo ante tanto alboroto en su nombre. Pensó inmediatamente regresar a su casa resistiendo

la curiosidad, que es el motor del conocimiento y que no pujó más que su anhelo de regresar a casa. Observaba cómo los ojos de la gente se fijaban al suelo más lejano cuando llegaban las filas a la puerta de la ciudad; fue en un instante abandonado, de repente otra vez solo; ni un alma cerca: “¿Qué sucede? Grito al cielo. Ni una sola respuesta bajo el inclemente añil. Caminó más de una hora por el terroso camino y al fin, exhausto, se tendió al sol. Se le ocurrió la intrépida idea de regresar disfrazado a la ciudad y leer aunque sea una línea de aquel inquietante escrito del comisario; que, sospechaba, era el mismo que estaba clavado en la puerta de la catedral. Ya sediento, hambriento y casi insolado quiso buscar sombra. Paró el pesado cuerpo en sus dos piernas y forzó hasta los confines su vista, allí a lo lejos un árbol; se dirigió a él entre oleadas de pesadumbre, corrigiendo el aliento por ratos descarrilado. Aquel esbelto ejemplar ramificaba vida en infinitas formas. Uriel se recostó en él, complacido de su sombra y aguardo el momento de la revelación que sobrevino luego de hacer su plegaria al cielo: -“Padre, en ti confío, pues sálvame”. Durmió apenas unos momentos. En el estado contrario al de vigilia un cántaro alado descendió del cielo y se postro en sus piernas fatigadas, Uriel bebió. Una succulenta ración de verduras frescas apareció ante él, Uriel comió. Una llama azul perla notó que flameaba en su frente como un legítimo fuego encendido destellando los siete colores del arco iris, que vio a través del líquido del cántaro. Una voz irreconocible le sugirió que llevara una rama de tres puntas del árbol a su padre, lo pasara en su corazón y secara el sudor de su frente con el tejido que llevaba en su cabeza. Despertó con un interminable aliento de frescura y allí a su derecha un hombre le observaba:

-¿Quién eres?, pregunto Uriel.

-Tú sabes. Respondió el hombre.

-Pues no, por eso le pregunto.

-Duerme Uriel, Tú fe te ha salvado.

Pasó su mano por los ojos del niño y éste durmió al instante. Despertó renovado, como nunca se había sentido, lleno de fuerzas.

Recordó la cara del hombre con un relámpago de amor. – ¡Se quien eres!, sugirió con impaciencia tratando de encontrarlo; miro por sus alrededores, no estaba. A su izquierda vio un papiro escrito con perfecta caligrafía, en él comprendió el porque había sido liberado. Un astuto engaño había caído sobre ese pueblo:

-“Anuncia el escriba de los Dioses, en el primer año de la ciudad: Si un niño viene solo a esta ciudad, vendiendo prendas, échenlo inmediatamente, solo traerá desgracia a

nuestra gente. No le hagan ningún daño, eso desataría su ira. Apártenlo de sus ojos, llévenlo a la puerta de la ciudad, abandónenlo solo y no miren cuando se aleje”.

Uriel entendió que ese hombre poco común que vio, era el mismo que estaba leyendo el escrito de su revelación, mientras él estaba en cautiverio y creyó, con suma verdad, que era Miguel quien había ideado aquel escrito que aunque falaz había sido el objeto de su libertad. Era necesaria esa gran mentira para libertarlo. – ¡Gracias!, gritó al cielo y tomó la rama de tres puntas del árbol de Diva, como se le ocurrió llamarlo, para llevárselo a su padre.

Luego de dos días de viaje y una profunda reflexión llegó por fin a puertas de su pueblo. Reía jubiloso repasando los arduos aprendizajes recibidos mientras nuevamente sediento y hambriento su cuerpo pedía la inserción de alimentos; tomó una de las tantas hojas de la rama cortada, casi seca y la masco durante horas, lo que increíblemente tranquilizó su instinto animal que pedía y pedía alimento e hidratación. En la entrada del camino de su casa miró el árido suelo que pisaba con aire triunfal, lo golpeó marcando su territorio y al mismo tiempo salió de allí algo increíblemente brillante destellando reflejos del sol; era una pepa de oro, él no la conocía pero la creyó una señal y la tomó. Abrió la puerta de su casa, corrió hasta la habitación de sus padres y allí postrada ante su padre, su madre contemplaba los albores de la muerte del amado compañero. Su madre corrió a abrazarlo destellando lágrimas de alegría entre una indescriptible congoja; Uriel le dejó el precipitado rayo de sol entre las manos y se apresuró a la cama donde su padre yacía: -¡Padre, he perdido tus prendas, pero te traigo la vida! Prefirió con alegría. Realizó el ritual mientras su madre aguardaba observando, con desconfiada suerte, el acto. Terminado el ritual, obedeciendo todos los pasos e instrucciones dadas, el padre despertó lucido y sonriente: -¡Estoy vivo! Exclamó; mientras su madre le decía, -¡Tu hijo trajo oro, y mucho!; Uriel, desconcertado, asintió. ¿Eso es oro? Creía que era el sol, debe haber mucho en el camino a casa, allí lo encontré.

**Runo**

## UNIVERSO

Y vi la gloria y le dediqué una prosa, o un verso.

He nacido, es cierto; pero no fue casualidad, lo he planeado. Descendí paciente de las profundidades del cenit infinito y me apeé a la luz en la calma sobria de mi entendimiento y de mi alma.



Soy, somos y seremos instrumentos de los ecos resonantes y calmos de los rayos del sol, el altísimo; quien da el movimiento a la vida eterna. La flor se engendra, nace, da su máximo provecho en su ecuación altruista y se marchita y... ¿muere? (razonamiento de la mente material respecto al ciclo de la vida); pues lo cierto es que devuelve limpia su energía a la fuente del Todo y sus átomos informes también regresan al Sol Central para re polarizarse y seguir aprendiendo, tal es la ley de la vida; y los profetas la conocen. Llega la hora en que esa flor fue todo, como se naturaleza; fue silencio, fue espacio, no tiempo, águila, hombre, conciencia y luego, y sólo luego, abandona la “causa y el efecto” y se convierte en causa y sigue aprendiendo en el espacio infinito; poseyendo la sabiduría.

**Runo**

### **Metáfora del que busca la luz y es todavía muy ciego**

No siempre que soñamos es de noche.

En el camino se encontraron dos hombres junto al río, uno de ellos no era de esas tierras y el otro era de todas.

El primero se acercó con una pregunta a flor de labios:

- Discúlpeme señor, me dijeron que aquí vive el profeta que tiene la llave de la vida.
- Es probable, pero dígame buen hombre: ¿Me creería si le digo que usted es el profeta y la llave?
- ¡No! ¡Claro que no! Eso no es posible...
- Entonces seguirá siendo la cerradura, por donde algún día entrará la llave de la vida.

**Runo**

**Nota del autor: Todos estos escritos pueden ser divulgados en su totalidad respetando datos de autor y pseudónimo...**

## **Datos de autor**

Autor: Bruno Costantino

Nacionalidad: Argentino

Ciudad: Tandil CP: 7000

Edad: 19 años

Fecha de Nac.: 17/03/1992

Contacto con el autor: [brunocostntino\\_307@hotmail.com](mailto:brunocostntino_307@hotmail.com)

Dirección: 14 de julio N° 64 – Tandil, Buenos Aires, Argentina.

Imagen de la portada: Elisa Gorozo.